

Naty

David Lozano González

Maestro en Investigación Educativa. Profesor en escuela secundaria y en la Escuela Normal Superior de Jalisco.

david.lozano@ensj.edu.mx

Cuando escuchamos que la droga la estaban marcando, lo primero que pensamos fue que teníamos algo nuevo, nunca visto, es decir, no nos sorprendía saber de la presencia de grupos delictivos y su relación con los y las jóvenes, más bien, nos alarmamos porque no sabíamos cómo interpretar o qué hacer ante algo nuevo.

Naty perteneció al último tercero de letra “D” en mi secundaria, la crisis en la matrícula ya había pegado en el turno vespertino y comenzó a manifestarse en el matutino, su composición daba cuenta más de la urgencia por sumar estudiantes y justificar un cuarto grupo. Como es sabido, los criterios administrativos poco tienen que ver con la psicopedagogía o las necesidades de las familias.

Mi escuela ha sido receptora de aquellos y aquellas que no tienen cabida en una primer escuela, es decir, que han sido señalados como “jóvenes problemas”, sin embargo, detrás de cada conducta disruptiva o repuesta no convencional hay una historia; son reflejo de rechazos, abusos y carentes de atenciones, tanto de la sociedad, la familia y las instituciones. Voy a generalizar, pero, lo que ha caracterizado la respuesta escolar es la contención. Nuestra secundaria sigue siendo una mezcla de constructivismo teórico, con autoritarismo práctico.

Naty era líder, si algo podíamos conseguir de ese temido grupo era su apoyo. Le gustaba convivir y hacer “cosas de jóvenes”, la escuela le representó un lugar para charlar, reír, bailar y jugar, si la literatura señala que lo primero que aprenden es a convivir, luego, vendrá el aprender, con Naty, la fórmula “pegó” ya que no había alma en la secundaria que no la conociera, desde los chavitos y chavitas de primero, le seguían los segundos y, obvio, sus pares de tercero. Queríamos comprender algo que sucedía con algún chico(a), podíamos platicarlo

con ella, no “rajaba o ponía dedo”, más bien su frescura y temperamento nos daban pistas importantes.

Mapear las violencias en la escuela ha tenido diferentes criterios, atienden a un momento y lugar donde los actores, las fuerzas e intereses son diferentes, ya dije que estábamos por comenzar una nueva época donde el territorio fue reconfigurado, es decir, ya no era la época de las pandillas, donde aún en pugna, cada bando sabía del rival en términos de coexistencia. En otras palabras, sabíamos que vendían droga más de dos “dealers” y hasta allí quedaba el asunto.

Teníamos sospechas de que los grupos delictivos tenían rutas, lugares claves e integrantes distribuidos, cuya presencia era conocida y tolerada con cierta violencia y con sucesos muy lamentables, sin embargo, las coordinadas comenzaron a moverse hacia el control absoluto del territorio y del aniquilamiento del rival. El mensaje que replicaron fue escalofriante; que droga encontrada sin el sello de la plaza, equivale a una sentencia de muerte. Cuando lo escuché, el chico lo dijo con llanto, pero fue un llorar sin gemir, sin sollozar, simplemente lagrimear y sentir algo. Estaba por venir lo peor.

Naty lucía hermosa, maquillaje discreto y pelo suelto, atenta, era puntual, luego, algo fue roto, la pesadilla del consumo, los labios con marcas del *cristaleo* y pasajes de delirios y persecución. El llorar por ratos. Lo entendí de porrazo, ahora, las drogas son más duras y enganchan rápido. Ya no son sólo el probar por experimentar o vivir un exceso, ahora, se juega la dependencia y la vida desde la primera dosis. La sombra de la plaza ya acechaba, esa figura que ha encontrado en los y las jóvenes un mercado, mano de obra, un ejército y sus víctimas.

La expresión de enviar a “distancia” a los y las estudiantes no data del COVID y el cierre de escuelas, ya era utilizada desde tiempo atrás y es una contribución al diccionario de los eufemismos escolares y la doble moral. Llegamos a un punto cero. Ya no había lección de Cascón por aplicar, el ganar-ganar no existe en estas condiciones. La familia sabía del consumo de su hija, Naty reconoció que ya hacía labores para la plaza, era capaz de trasladar mochilas, llevar recados, hacer de vigía, a su vez, comenzó a invitar a otras chicas de la escuela a su casa.

Era insostenible su presencia en la escuela ante la mirada de las autoridades y las familias, la intervención educativa siempre ha tenido límites, además, ¿quién quiere pisar Ciudad Niñez, solicitar certificados médicos o buscar un Ministerio Público? Naty fue enviada a distancia para concluir su tercer y último año, de paso, atender su adicción.

Naty regresó un par de veces a la secundaria, su aspecto demacrado y la ausencia de cabello en ciertas zonas daban cuenta de las crisis por las que pasaba. Caminó por los pasillos, charló y bromeó, alguien le contó que vivió algún abuso dentro de la escuela, a lo cual, ella prometió reparar y poner fin al maltrato. Por días, cundió el rumor de que iban a “levantar” a alguien. Afortunadamente en eso quedó. La generación egresó, algunos jóvenes nos visitaron con sus esperanzas a cuestas, supongo que “algo” les recuerda la escuela, me imagino es un asidero. Ya no nos autorizaron un cuarto grupo en el siguiente ciclo.

De Naty poco supe después, hay quien me platicó que ya no pudo y decidió partir, de nuevo, ese llorar sin sonidos, sólo sentir. Yo le contesté que ella anda conociendo lugares y personas, que es muy probable que la veamos en un parque, la biblioteca o el salón de clases. Que ella estará en lo mejor que dan los y las jóvenes a la humanidad, me refiero, a la posibilidad de construir y buscar alternativas. Que algún día, alguna calle llevará su nombre y no como la de Fidel Velázquez, que García Barragán será sustituido en la Rotonda por ella o por otros jóvenes brillantes.

Es sábado y me toca acompañar a mi hija a la psicoterapia. Su terapeuta alguna vez me platicó que egresó de mi secundaria. Hicimos un recuento muy rápido de su transitar en esa etapa. Recordó docentes y sucesos. No la conocí en ese entonces. Siempre me interesa preguntar si les gustó esa escuela, para fortuna, dijo que la recuerda con agrado, igual, siempre salgo con el (mal) chiste de reconocerles que, ante lo vivido, es notable que el rencor no aparezca, en este caso, sólo arranqué una leve sonrisa, y el comentario contundente de que no tiene porque mentir. Sin duda, estoy ante una profesional de la salud emocional y aliada para luchar contra las violencias.